

LIBRO VIII.

Los hombres del Norte.

El último de los merovingios había cambiado la dalmática blanca y azul, el círculo de oro enriquecido de pedrerías, y la vara de oro de seis pies, encorvada como un báculo, que constituía el cetro de los reyes cabelludos, por la cogulla oscura de los claustros: era un fantasma menos. Hacia mucho tiempo que los mayordomos de palacio eran reyes de hecho, y la desaparición del último descendiente de Clovis, hizo tan poco ruido en el mundo, que las crónicas de la época se limitan á decir con una concisión donde el menosprecio parece despuntar bajo la indiferencia, que los francos reunidos en Soissons, desposeyeron á Childerico y dieron la corona á Pepino. Este príncipe de Austria que acababa de colocar atrevidamente sobre su frente la corona de Francia, violando, de acuerdo con los señores, todas las leyes de la monarquía, tenía una espada muy capaz de defenderla, y una cabeza bastante fuerte para llevarla. Su valor no era dudoso, su prudencia era proverbial, y se mostraba mas piadoso que su padre Cárlos Martel, de gloriosa memoria, que habia robado largamente á la iglesia despues de haberla salvado. Pepino, que se distinguía por su devocion á la Virgen Santísima, fué consagrado por Bonifacio, arzobispo de Mayensa, en la célebre iglesia abadial de Nuestra Señora de Soissons, donde Gisela, una de sus hijas, la hermana muy que-

rida de Carlo-Magno, tomó el velo. Este fué aquel príncipe que donó al monasterio merovingio de Nuestra Señora de Argenteuil una parte del inmenso bosque que lo rodeaba. Pepino el Chico fundó en el antiguo bosque germano, que llegó á ser mas tarde tan célebre y tan temido bajo el nombre de Bosque-Negro, una encantadora capilla en honor de María. Hé aquí con qué motivo: un dia que él cazaba con sus cortesanos en estos grandes bosques, se separó de ellos sin advertirlo; desorientado, y sin saber qué dirección tomar, vacila en escoger un sendero, cuando el ligero sonido de las campanas de una ermita llegó hasta él traído por las brisas del Otoño: el príncipe vuelve la rienda de su caballo del lado de donde le llega la invitación religiosa, y distingue á poco rato en un parage rústico pero encantador, donde borbotaba una fuente de agua viva, una linda capillita fabricada, ó mas bien bosquejada, por un pobre monge escocés. Este modesto edificio construido sin el compás del arquitecto, ni la llana del albañil, no carecia por eso de sus magnificencias: la zarza habia entrelazado entre las estrechas aberturas, sus cercos morenos adornados de largas hojas de un verde sombrío, mientras que el follage de oro y de púrpura de la cepa silvestre, parecia salpicar sobre sus paredes destruidas las ricas tintas de un sol de Ocaso.

Los reyes de aquel tiempo, un si es no es fieros por naturaleza, se despojaban entre tanto de sus costumbres orgullosas ante todo emblema cristiano. Al descubrir la negra cruz de la ermita, el descendiente del vencedor de los moros, bajó la cabeza é inclinóse como lo habria hecho el mas infimo labriego de su reino; despues atando su caballo á un árbol, penetró en el pobre santuario colocado bajo la invocacion de María. La desnudez completa del lugar sagrado, y en donde á través de la techumbre húndida vense ondear los pinos y correr los nublados, no entibia en manera alguna la piedad sencilla del valiente rey. Despues de haber respetuosamente orado delante de una Madona mal esculpida, que en nuestros dias haria llorar á un niño y temblar á un artista, el príncipe bastante conmovido y no queriendo salir del santo lugar sin dejar una muestra de su paso, colocó al pié del altar su toca bordada de oro y cubierta de piedras preciosas. Vuelto á su palacio here-

ditario de Heristal, no olvidó en medio de los cuidados y de las fiestas del reino, la pequeña ermita de María, que él fabricó de nuevo con magnificencia y dotó convenientemente (1).

Carlo-Magno, ó *Cárlos el grande* como le llaman los cronistas francos, no rechazó la herencia de religiosa piedad que su padre le habia legado. Consérvase el recuerdo de una de sus piadosas visitas á Nuestra Señora de Marillais en Anjou, peregrinacion que data segun se pretende del siglo IV, y que era entonces una de las mas frecuentadas del mundo cristiano (2). Durante su viage á Italia, sus ricos dones á Santa María la Mayor, deslumbraron al pueblo romano, cuyos ojos estaban acostumbrados hacia mucho tiempo al esplendor y á las magnificencias. La Germania fué dotada por él de tres iglesias del nombre de Nuestra Señora; pero esto no fué todo.

Despues de haber exhumado la ciudad termal de Grano, cuyo cadáver habia encontrado por casualidad estendido sobre los musgos y las zarzas del bello valle que riegan el Rhin y el Mosá; Cárlos, que queria elegir allí el sitio para la capital del imperio franco, hizo fabricar al lado de su vasto palacio, bajo la invocacion de la Virgen, una capilla ú oratorio de forma octógona, cuyos mármoles hizo venir de Italia, y que alumbró con vidrieras inrustadas de oro, cerrándolas con puertas de metal. Esta capilla, que igualaba á las basílicas en estension, y que ofrecia mas tarde un magnífico asilo á los restos mortales del gran emperador, llegó muy pronto á hacerse célebre á tal punto, que la ciudad germana, de la cual ella era el mas bello título de gloria, honrábase de llevar su nombre. Desde el emperador Luis I hasta en 1556, treinta y seis reyes y diez reinas fueron coronadas en el altar de Nuestra Señora. Este santuario era tan frecuentado, que en 1496 se contaron en un solo dia ciento cuarenta y dos mil peregrinos.

La corte de Carlo-Magno lo imitaba en su piedad tierna y profunda por la Virgen Santísima. Cuando hizo publicar el bando de guerra contra el rey musulmán de Córdoba, y que llamaba á todos los condes de la Francia meridional bajo la victoriosa bandera, donde figuraba el arcángel San Miguel, el héroe de los franceses de aquella época, el celebre paladin Rolando, su sobrino, antes de atravesar los Pirineos, que debian serle tan

fatales; hizo una peregrinacion á Nuestra Señora de Roc-Amadour, en compañía de un gran número de altos y poderosos señores. El príncipe Carlovingio despues de haber invocado piadosamente á María, ofrecióle un don de plata del peso de su *bracmar* (espada) y le dedicó esta espada que habia adquirido una fama tan grande. Cuando él volvía á Francia cubierto de gloria, la retaguardia del ejército francés que él mandaba, fué embestida y atacada por todas partes en el valle de Roncesvalles. En vano los franceses opusieron á un peligro sin remedio un indomable corage; fueron hechos pedazos, ninguno quiso rendirse y todos perecieron, gefes y soldados. Para conservar la memoria de este acontecimiento desastroso, se erigió en este lugar sobre las hosamentas hacinadas de estos guerreros de valor fabuloso, una capilla dedicada á María, en la cual se colocó una inscripcion que llevaba los nombres de Thierry de Ardenes, de Riolles de Mas, de Guy de Borgoña, de Ogier el danés y de Oliverio de Roland. Esta capilla situada cerca de la abadía de Rencesvalles, estaba adornada de frescos que representaban un combate; y durante diez y ocho siglos no se enterraron allí sino franceses. El último pensamiento del paladin Rolando, sobre el campo de batalla, donde espiró bajo los dardos de la traicion, fué un acto de respeto hácia la Santa Virgen: quiso que su espada se llevase á Nuestra Señora de la Roc-Amadour, y se hizo cual lo habia ordenado.

Luis el piadoso ó el benigno, hijo de Carlo-Magno, llevaba siempre sobre él la imágen de María, ya sea que estuviere de caza ó de viage. Cuando salía momentáneamente de su corte, y se encontraba solo en los bosques, quitábase aprisa sus guanteletes sembrados de clavos de oro, y sacando de su seno la imágen venerada, la colocaba en el tronco de una encina y hacia su oracion. Esta misma imágen fué colocada mas tarde en la soberbia abadía de Hildesheim que hizo construir en honor de la Virgen santísima (3) y donde él mismo colocó por sus manos un rosal, que duró casi tanto tiempo como su bello monasterio.

Bajo Carlos el Grueso, monarca cobarde y malo, cuyo reinado triste y agitado preparó la caida de la raza de Carlo-Magno, los normandos conducidos por Sigúifredo vinieron á sitiar

á Paris. Esta antigua capital de los *Parisii*, cuyo lugar amaba tanto Juliano el apóstata, no estaba mas estendida entonces que en el tiempo de César. La catedral de Nuestra Señora, fabricada por el rey Childeberto, hácia el Levante, dos gruesas torres al Mediodía y al Norte, y el palacio del rey ó de los condes en el Ocaso, constituian las cuatro estremidades de su recinto. El Sena la cercaba con sus ondas azules. El lado del rio por el Norte, estaba cubierto de un espeso bosque, y la torre octógona que estaba en el recinto del cementerio de los Inocentes, servía para vigilar á los ladrones de este bosque de tan mala fama. En el lugar del cuartel de los Mercados, y en las cercanías de Santa Oportuna, estaba una ermita que se llamaba la ermita de Nuestra Señora del Bosque, porque estaba á la entrada de él. Los viñedos cubrian la montaña de Santa Genoveva; y el arrabal de San German, afamado por sus praderas bordadas de sauces, no era sino una pequeña villa abadial.

Sigúifredo habia pedido desde luego que se permitiese el paso de sus tropas, que él queria conducir á Borgoña. Los parisioses rehusaron abrirle sus puertas, y el normando juró por los brazaletes de Thor, que su espada sabría abrísolas.

Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, se encerró en Paris y resolvió defenderla contra estos bárbaros, que no contentos con robar las casas y las iglesias, querian hasta los cuerpos venerados de los santos (4). El sitio fué largo y mortífero: setecientos barcos normandos cercaban el Sena. Por ambos lados se empleaba en el ataque y en la defensa arietes, ballestas, catapultas, y recíprocamente se lanzan fuegos y dardos abrasados; las torres normandas estaban opuestas á las torres de las murallas sitiadas, y los enemigos se aproximaban á los muros bajo las galerías cubiertas que los parisioses llegaban comunmente á incendiar ó aniquilar bajo el peso de las vigas y de las piedras.

Desde el principio de esta lucha heroica y desesperada, Paris se colocó bajo la proteccion especial de la Virgen Santísima. Su estatua era pasada procesionalmente sobre las murallas durante la batalla, y los normandos la tomaban siempre por el blanco de sus flechas sin poder jamas conseguirlo: los ar-

queros invocaban en alta voz el nombre de María al lanzar sus nubes de saetas y de piedras desde lo alto de las torres, y cada vez que se rechazaba á los piratas del Norte, la ciudad se iluminaba magníficamente en su honor con antorchas de cera blanca. "Ella es quien nos salva, decía Abbon; ella es quien nos alimenta y por su ayuda gozamos aún de vida. Amable Madre del Salvador, brillante Reina de los cielos, tú eres quien te has dignado arrancar al pueblo de Lutecia de la amenazante espada de los daneses."

Algunos años mas tarde, la Virgen Santísima ayudaba, por un milagro, á rescatar de los normandos la ciudad de Nantes, y á arrojarlos de la Bretaña invadida por ellos. Alain, sobrenombrado despues Barba-Llorcida, refugiado en Inglaterra con la flor de la jóven nobleza, emprendió reconquistar su patria: tenia veinte años, no poseia sino su espada y la proteccion de María; pero una espada en la mano de un valiente, es algo, y la proteccion de la Virgen puede valer muy bien un ejército. Desembarcó con algunos bretones en Cancale, y de triunfo en triunfo dejando tras de sí un largo reguero de cadáveres normandos, el héroe breton llegó al fin bajo los muros de Nantes, donde se habian refugiado los foragidos del Norte como en su último asilo. Rechazado con pérdida por los normandos, que habian reunido tropas numerosas al rededor de la ciudad, Alain se retiró con sus tropas hasta la estremidad de la montaña, dejándose caer sobre la tierra, *terriblemente fatigado*, dice un viejo cronista breton, y sufriendo una sed extraordinaria: "comenzó entonces á quejarse gravemente, y á pedir con humildes ruegos el favor de la bendita Virgen María, suplicándola que le abriese una fuente de agua, en que él y sus caballeros quebrantados reparasen sus fuerzas. Los cuales ruegos oidos por la Virgen, abrióle segun deseaba una fuente, que aun es llamada la fuente de Santa María, de la cual, él y los suyos suficientemente refrescados y recreados, recobraron su valor y volvieron valientes á la batalla. Embistieron otra vez á los normandos, los mataron y despedazaron, excepto á aquellos que hallaron llevándose su botin á los barcos."

Alain encontró la ciudad de Nantes saqueada y quemada; cubierta toda de polvo y de sangre: el jóven libertador habia

buscado largo tiempo con la vista en la desgraciada ciudad, donde no quedaban mas que lienzos de murallas ennegrecidas por las llamas, la magestuosa basílica de San Félix, cuyo techo cubierto de fino estano de Cornouailles, era tan brillante, dice un monge contemporáneo, que á los rayos del sol 6 de la luna parecia de plata bruñida. ¡Ay! este techo habia desaparecido, y el cielo tan solo servia de cúpula á la antigua iglesia cuyos altares estaban despedazados, y sus tumbas abiertas. Para llegar hasta el parage donde estaba el altar, Alain tuvo que abrirse un sendero abatiendo las zarzas con su espada. El *Te Deum* de la victoria y los himnos de gozo á la Virgen en medio de las ruinas de este templo, no se cantaron por eso con menos fervor religioso; y antes de levantarse el jóven duque breton, reconocido al apoyo titular de la Virgen Santísima, prometió fabricarle la catedral que lleva hoy el nombre de Nuestra Señora de Nantes.

En el reinado de Cárlos el Simple, y á espensas del mas bello florón de la corona de los reyes francos, se vió la conversion de un ejército entero de aquellos feroces y audaces piratas del Norte, que habian desolado por largo tiempo las costas de la Europa Occidental. La Neustria, bella y rica provincia que devastaron por casi un siglo, y á la que ellos con la espada danesa sobre la garganta de los habitantes (5) habian del mismo modo convertido al culto salvaje de sus dioses, les fué cedida junto con el dominio de la Bretaña, bajo condicion de que Rollon su gefe, que habia señalado su paso, á traves de la Francia atemorizada, con torrentes de llamas y de sangre, se hiciese cristiano. La condicion fué aceptada: el pirata normando se desposó con una princesa carlovingia que no vivió mucho, y se convirtió de buena fé. Las tempestades que se levantaban á la vista de las costas á donde ellos querian descender, fué causa de que creyesen que el santuario cristiano estaba protegido por un protector celeste poderoso (6). Entonces ¡cosa estraña! el principio religioso dominaba en estos foragidos del Norte, que mas de una vez mandaron presentes y cirios á los abades á quienes venian precisamente á robar. Las primeras palabras que el nuevo duque normando dirigió á Franco arzobispo de Rnan, fueron para que le instruyese en

los Misterios del cristianismo, y para saber cuáles eran los santos mas afamados de Francia y de Neustria. El prelado nombró inmediatamente á Nuestra Señora y se estendió sobre su poder. "Bien, dijo el príncipe del Norte, despues de haber reflexionado un instante, es necesario hacer alguna cosa por ella, una vez que es tan poderosa." Al momento hizo una grande concesion de tierras á Nuestra Señora de Bayeux. La ciudad de Ruan habia dedicado á María su iglesia metropolitana, quemada por los normandos de Hastings, y reedificada bien ó mal algun tiempo despues; el duque fué bautizado allí con la mayor parte de sus capitanes daneses, y comenzó por engrandecerla y embellecerla, trabajo que sus sucesores continuaron con magnificencia (7). Nuestra Señora de Evreux, una de las mas antiguas iglesias de Normandía si se ha de creer á las crónicas que cuentan que San Taurino, primer arzobispo de Evreux, la fundó hácia el año 250, y la consagró al culto del verdadero Dios bajo la invocacion de la Virgen Santísima, recibió tambien ricos presentes de Rollon, que dió hasta en su muerte señales de la más sincera piedad hácia la *Señora Santa María*, como la llamaban respetuosamente los príncipes y grandes de aquella época.

Estos duques normandos, generosos, alegres y valientes por naturaleza, eran en general muy devotos de la Virgen: en su altar recibian la investidura de aquel bello ducado que ellos llamaban fieramente su *Reino de Normandía*. Allí tambien venian á dormir su último sueño, bajo los baldosas grises de su capilla tendida de *bellas tapicerías de toda clase de sedas y de oro*, que representaban los principales pasajes de la historia de la Madre de Dios y trabajadas por las duquesas de Normandía (8). Roberto el Magnífico hizo fabricar él solo tres iglesias del nombre de María: Nuestra Señora de la Preservacion, para cumplir el voto hecho durante una tempestad que asaltó su nave en las aguas peligrosas del Archipiélago normando; Nuestra Señora de la Gracia, cerca de Honfleur; y en fin, nuestra Señora de la Piedad, bajo el castillo ducal que defendia á Harfleur.

Este príncipe tan devoto de María, quiso visitar su tumba y la de Cristo en Jerusalem; partió á caballo acompañado de

los señores mas ricos y mas fastuosos de su corte, todos cargados de oro, brillantes de pedrerías y rodeados de un tropel de escuderos, de caballeros y de pajes, como si hubiese sido el objeto marchar á un torneo. En los caminos, las poblaciones enteras salian para verles: su entrada en Roma hizo época. Los romanos miraban con una admiracion llena de asombro, estos bárbaros del Norte que habian hecho temblar hasta la iglesia, y cuyo rostro y alta talla hacian recordar los héroes de la antigüedad. Al ver sus bellos semblantes, sus brillantes jubones de malla, la larga espada danesa con empuñadura de oro que llevaban al costado, y sus cascos puntiagudos, bajo los cuales se escapaban sus cabellos blondos, preguntábase quiénes eran estos príncipes del Septentrion que venian á visitar cual humildes peregrinos la ciudad de los apóstoles. El Papa les hizo una acogida distinguida, les dió su bendicion y colocó él mismo el bordon de peregrino sobre la espalda de su gefe y señor. De allí continuaron su camino para Constantinopla, la ciudad de María, que ellos ofuscaron con su magnificencia. Arrojabán el oro y las perlas á su paso: la mula de Roberto iba herrada de oro, y cuando una de esas herraduras se desprendia, ningun normando se dignaba agacharse á recogerla; solo los griegos bajábanse para tomar entre el polvo los clavos de oro que perdia el caballo del normando (9). Al aproximarse á los santos lugares, el espíritu cristiano se hizo sentir; aquellos mismos viajeros que habian atravesado orgullosos con la cabeza levantada y sin reconocer ningun derecho de peage, ya fuese por los rios bien defendidos, ya ante las murallas almenadas, esos hombres atrevidos que dejaban siempre traslucir la punta de la espada bajo el hábito del peregrino, no ha mucho orgullosos hasta la insolencia, no habrian podido ser reconocidos: tan humildes, modestos y devotos habian llegado á convertirse á la sola aproximacion de esta tierra santa, cuyo suelo pedregoso y abrasado llamaban con sus piés desnudos. Roberto, tan justamente llamado el Magnífico, visitó con la mas edificante piedad los santos sepulcros de Jesucristo y de la Virgen; cristianos y musulmanes recibieron de él limosnas tan soberbias, que el Emir de Jerusalem picándose de generoso, á su turno, rehusó aceptar el tributo que le daban estos espléndi-

dos peregrinos. Roberto hizo dejar en Jerusalem un presente considerable al Santo Sepulero; Ricardo II, duque de Normandía, había hecho antes un presente de cien libras de oro. Cumplido el peregrinaje, el duque emprende de nuevo por tierra el camino para su bello ducado, que no debía volver á ver jamas; murió en Nicea en Bithinia, regocijándose al aspecto de la muerte como sus abuelos *los reyes de la Mar* (10), y encomendándose á *la Señora Santa María* como sus predecesores cristianos habían hecho.

Los nobles normandos, que comenzaban á soñar en un reino bajo el brillante sol de Italia, no eran menos devotos á la Virgen que sus valientes príncipes. Ni la distancia ni el ruido de las armas, les impedía fundar iglesias en su honor. El famoso Tancredo y Roberto Guiscardo, señores de la pequeña ciudad marítima de Hauteville, en la que no ha quedado ni una piedra de su castillo, pero que parece aún la antigua iglesia sin campanario toda envuelta entre musgos y gramas donde estos *leones normandos* recibían el bautismo, enviaron á Geofredo de Monbray, obispo de Cotanza, desde el fondo de la Pulla, donde habían hecho retroceder á setenta mil sarracenos con solo quinientas lanzas normandas, la mitad de un tesoro que ellos acababan de encontrar, para que fabricase bajo la invocación de *Santa María*, aquella bella y encantadora catedral que arrancó á Vauban este grito de admiración: ¡Quién es el pagano sublime que ha arrojado esta noble estructura en medio de los aires!"

Precisamente en la misma época, un hermano de Roberto Guiscardo, el conde Roger de Hauteville, fundó en la Sicilia conquistada, la célebre catedral de Mesina, que dedicó á la Virgen Santísima siguiendo el uso de su casa. Este suntuoso edificio que fué consagrado el año de 1097, participaba un poco de todas las arquitecturas conocidas; el mosaico bizantino venía á unirse á los arabescos de los sarracenos y á los graciosos cimborillos góticos, adornados de estatuas de Santos y de ángeles prodigiosamente dorados. En el suntuoso tesoro de esta catedral, se conservaba una carta de la Virgen Santísima, de la cual se enorgullecía la piedad de los habitantes de Mesina (11), y sobre la que muchos obispos sicilianos han es-

crito volúmenes á fin de demostrar su autenticidad un poco controvertible. En la misma catedral se celebraba todos los años la fiesta de la *Barra* destinada á perpetuar el recuerdo de la derrota de los sarracenos por los heroes normandos; la Virgen, representada por una señorita, figura en esta fiesta llevada sobre un carro de triunfo, mientras que figuras deformes y colosales representan á los musulmanes vencidos por el conde Roger.

De la Normandía vino la primera luz religiosa que dispó las tinieblas paganas del Norte, y la Virgen Santísima fué quien recibió en su bella catedral de Ruan las primicias de esta santa cosecha. Hadral II rey de Dinamarca, que había venido á la cabeza de cien galeras al socorro de Ricardo sin Miedo, abjuró allí el paganismo, y Olaus, rey de Noruega, que había reunido su estandarte á la Normandía en una pequeña guerra que el duque Ricardo II sostenía contra Eudes conde de Blois, fué convertido al cristianismo por Roberto, arzobispo de Ruan (12), llegando á ser el apóstol de sus Estados. Este santo rey osó despedazar con sus manos la estatua de Thor, divinidad tutelar de la Noruega, en el viejo templo de Drontheim, que los piratas noruegos habían rodeado de una cadena de oro, y á donde venían á jurar sobre los brazaletes de este dios guerrero, cuya clava era tan temible á los *gigantes* de los hielos. Olaus envió á Suecia los misioneros cristianos, que fueron allí bien acogidos, y los muros dorados del templo de Upsal, desembarazados de sus ídolos y purificados de sus sacrificios humanos (13), recibieron las imágenes benignas de Cristo y de su Madre.

No era culpa de los príncipes de la Europa cristiana si el sol del Evangelio se había levantado tan tarde en el horizonte de los reyes del Norte; desde la mitad del siglo VII el sajón Willibrod había hecho esfuerzos infructuosos para convertir la Jutlandia; esfuerzos que los misioneros enviados por Witikind, el convertido por Carlo-Magno, renovaron inútilmente en el curso del siglo VIII; el IX se abrió bajo auspicios favorables. Lanzado de sus Estados Harald-Klack, rey de una parte de la Jutlandia, vino á refugiarse á la corte de Luis el Benigno donde abrazó el cristianismo. Un cronista contemporáneo, Er-

moldo el Negro, abate de un monasterio del imperio franco, describe de una manera pintoresca la llegada del *Rey de la Mar* y de su flotilla danesa. "¿No veis brillar los rayos de la aurora y cubrir á lo lejos las aguas del rio? ¿No veis esas naves que remontan el Rhin orgullosos con su pompa guerrera? ¿Cuánto brillan á la luz del sol sobre el espejo de las aguas, y al blando movimiento de las olas, aquellas velas blancas como la plata?" Esta conversion del príncipe de Jutlandia, fué casi solitaria no obstante los cuidados de Anshar, el apóstol del Norte; y aquellas naves de proas doradas, objeto de la sencilla admiracion de los guerreros francos, no se detuvieron largo tiempo en las aguas de la Europa Occidental.

La conversion del rey Harald II aprovechó mas á la religion cristiana que á la del príncipe jutlandés. Vuelto á su patria prohibe los sacrificios, cierra los templos de los falsos dioses, fabrica iglesias cristianas y favorece con todo su poder la propagacion del Evangelio. Su hijo Suenon, príncipe feroz y pirata por inclinacion, se habia erigido en campeon de la idolatría; le mata á traicion de un flechazo, y vuelve á abrir los templos de Odin y de Thor, y arrasa las iglesias cristianas. Despues de su muerte, que acaeció en 1014, el cristianismo levantó la cabeza y comenzó á estenderso otra vez. La transicion de un culto al otro no fué tan brusca sin embargo, como entre los jóvenes é inquietos vencedores de la Galia y de la Inglaterra; las iglesias cristianas de Dinamarca se levantaron durante un siglo, al lado de la piedra de los sacrificios. Si el Cristo y su Madre eran venerados, los dioses de Walhalla no habian perdido su imperio por eso: Thor conservaba aún la clava en sus manos armadas de guanteletes de hierro, y si se cantaba un cántico á María bajo las bóvedas de la capilla, tambien se cantaba el himno de Odin, que se acostumbraba entonar en los combates, y era á Odin á quien se daba gracias despues de la batalla, ofreciéndole un sacrificio de pájaros de presa. Parecia duro á los guerreros del Norte abandonar de una vez sus divinidades belicosas, cuyas tumbas poseian, mientras que eran ellas tambien quienes habian hecho tan animosos á sus abuelos. Ellos convenian en que el Cristo fuese Dios, y consentian en adorarle como tal; pero ¿por qué lanzar de su trono á

los antiguos dioses de la patria, para colocar á un Dios extranjero? ¿No podian ellos reinar juntos? Walhalla amaba á las mugeres castas, bien podia entonces recibir á la Virgen María. Al abrigo de este último atrincheramiento, el paganismo era mas formidable que nunca, y los primeros neófitos cristianos con un pensamiento de conciliacion hacian una monstruosa amalgama en los dos cultos (14). Este estado de cosas duró hasta el reinado de Canuto el Grande, que aseguró la preponderancia del cristianismo.

El culto de la Virgen Santísima contribuyó mucho al establecimiento del Evangelio entre los escandinavos. Desde tiempo inmemorial habian ellos colocado la virginidad en el cielo, bajo la proteccion de Falla, cuya blonda cabellera ataba una cinta de oro, y de Gesiona, que admitia en su cortejo celeste á las jóvenes castas. Tres vírgenes juntas bajo el fresno sagrado disponian del destino de los humanos, y vírgenes eran tambien aquellas *damas blancas* que marchaban sobre los lagos cual una columna de niebla, sentándose á media noche bajo la sombra helada de los pinos y cantando con una voz dulce y lenta, los himnos rúnicos que los escaldos habian grabado con la punta de sus puñales sobre las rocas desplomadas que formaban la colina tumular de los héroes á quienes *habian llamado los cuervos del cielo* (15). Allí se oia blasfemar á estas bellas hadas del Norte, que se introducian invisiblemente, se dice, en la cabaña del trabajador y en las fortalezas del Jarl (conde) y tras de las cuales entraba la felicidad. Estas supersticiones, igualmente queridas de los grandes y del pueblo, (16) no se habrian totalmente borrado jamas, sin la Virgen Santísima, que llegó á ser la protectora de los palacios y de las cabañas. La influencia de la reina del cielo sobre la conversion de los escandinavos, se prueba por un hecho que nadie niega, y es que el cristianismo debió sus progresos en aquellos pueblos, á las madres de familia que ganaban en seguida á los guerreros (17).

Los primeros reyes de Dinamarca fueron fervorosos siervos de María. San Canuto, duque de Schliewig, le dedicó tres soberbias iglesias; Valdemaro II hizo colocar su imágen sobre su escudo embutido de oro, y habiendo sabido que los rusos li-

gados con los Esthonios, amenazaban la iglesia naciente de Riga, se empenó de un modo solemne en pasar el año siguiente en Esthonia, tanto en honor de la Santa Virgen como por la remision de sus pecados (18). En aquella guerra, comenzada bajo los auspicios de María, fué cuando los daneses sorprendidos en su campo, perdieron su bandera nacional. Como comenzasen á retroceder ante los paganos, la Virgen Santísima á quien ellos habian piadosamente invocado antes de entrar en Esthonia, les dió, dicen los cronistas contemporáneos, una muestra sensible de su poderosa proteccion: una bandera roja con su cruz blanca cayó del cielo, y con esta bandera obtuvieron la victoria (19). El culto de María floreció largo tiempo en los tres reinos del Norte, y el gran número de catedrales, de monasterios y de ermitas que la dedicaron lo acredita. Cuando el viento abrasador de la reforma marchitó la flor celestial del catolicismo, este culto se mantuvo aún secretamente, y cincuenta años despues de Lutero, veíase venerar á María en la capilla subterránea de la catedral de Upsal (20). Esta religion consoladora concluyó en aquellas regiones heperreas como habia comenzado en Roma, en medio de las fumbas.

Baja la influencia de María, la Prusia, con todo el litoral del mar Báltico, recibió la luz del Evangelio. Los hermanos hospitalarios de la Virgen Santísima, mas conocidos por el nombre de caballeros teutónicos, civilizaron estos paises bárbaros, donde el infierno (Poklus) y el Dios del rayo (Perkonnas) eran las principales divinidades.

En medio de las naciones de origen slavo, que substituyeron el cristianismo á sus ritos sangrientos, y pulieron sus costumbres bajo su influencia civilizadora, ningún pueblo honró mas devotamente á la Virgen Santísima que los húngaros.

Hacia el principio del siglo XI, San Estevan, primer rey cristiano de los hunos ó húngaros, fundó en accion de gracias de una victoria ganada al príncipe de Transilvania, Nuestra Señora de Alba Real. Esta magnífica basilica slava, no cedía en magnificencia á las mas suntuosas iglesias del Oriente: sus muros adornados de soberbias esculturas, sus pavimentos de mármol, sus altares guarnecidos é incrustados de oro y piedras preciosas, sus vasos de plata, de oro y de onise, presenta-

ban un aspecto maravilloso. Sobre el altar de la Virgen estaban algunos pebeteros de plata, donde dos ancianos contemporáneos de las espediciones de Atila quemaban los mas raros perfumes del Asia, y magníficas procesiones tenidas muchas veces al dia venian á honrar á la Madre de Dios en su santuario.

Estos esplendores no parecieron suficientes á la piedad de los príncipes húngaros: quiso este descendiente del *azote de Dios*, que su cetro real ensalzase á la Virgen á quien él declaró soberana de sus Estados; así cada vez que el nombre de María era pronunciado en toda la estension de su vasto reino, no habia un noble húngaro por alto que fuese su linage, que no se arrojase como un vasallo delante de su Señora, y que no se inclinase en señal de profundo respeto (21). En el recinto fortificado de todos los castillos, se encontraban capillitas alumbradas con lámparas de cobre ó de plata maciza, que ardian noche y dia ante la imágen de María. Los príncipes palatinos llevaban tambien esta imágen á los combates, y le erigan un oratorio bajo sus tiendas.

El culto de María no fué recibido con menos entusiasmo en las riberas del Vistula. A contar desde el dia en que Dumbrowka, la hermosa princesa bohemia, convirtió al rey Micilas y le hizo romper los idolos que sus padres habian elevado en honor de Pagoda [*el aire tranquilo*], de Pochwist [*el cielo nebuloso*] y de las sombrías divinidades del abismo, los polacos llegaron á ser esencialmente católicos: fabricaron capillas á porfia entre sus bosques de cedro en honor de la Madre de Dios. Las banderas paganas triunfantes en veinte campos de batalla, fueron el único lujo de estas iglesias primitivas escondidas bajo los pinos siempre verdes de los bosques slavos; pero cuando celebrando la misa el sacerdote de Jesucristo leía el Evangelio á estos héroes del Norte, arrodillados delante de un altar tan pobre como el pesebre de sanco del Salvador, hubieseis visto salir sus espadas hasta la mitad de la vaina en señal de proteccion y de defensa (22). Y esto no era una vana demostracion: la Polonia fué muy largo tiempo el baluarte de la cristiandad; sin Juan Sobieski, la media luna superaria quizá todas las torres de las ciudades del otro lado del Rhin.

La Polonia se consagró desde muy temprano á la Virgen

Santísima: María era solemnemente invocada bajo el título de *Reina de Polonia*, mucho antes que Juan Casimiro renovase esta consagración. Cada vez que el ejército polaco se preparaba á marchar contra los tártaros, la bandera de María era la que guiaba sus falanges belicosas (23); el grito dos veces repetido de Jesús era el grito de guerra; un cántico á la Virgen el himno del combate (24).

LIBRO IX.

Los tiempos caballerescos.

EL gigantesco imperio de Carlo-Magno había desaparecido como un brillante fantasma; el último de los carolingios había sido despojado de su reino como de un manto, reducido á nada por las imprudentes liberalidades de sus padres, y los duques de Francia que también se decían descendientes de Carlo-Magno, después de haberse probado por dos veces este manto real, concluyeron por apoderarse de él. Antes de reunir la corona empobrecida á su gran feudo con el cual la dotaron los condes de Paris, habían dado brillantes pruebas de su devoción á la Virgen. Cuando aquel mal desconocido y terrible, que se llamó *fuego ardiente*, después de haber destruido la mitad del reino, se lanzó sobre la isla de Francia, Hugo el Grande alimentó á sus expensas á los pobres peregrinos enfermos que venían á pedir su salud, que obtenían de Nuestra Señora de Paris (1). Hugo Capeto, fundador de la tercera dinastía, tuvo por la Virgen Santísima una sincera devoción, y la reina Adelaida de Aquitania su piadosa esposa, colmó de sus dones